

21. Miguel Dorronsoro y Ceberio

(Ataun, Gipuzkoa, 17-II-1812 – 16-X-1880)

DIPUTADO GENERAL DE GIPUZKOA EN 1868: Durante 15 años seguidos, desde 1853 hasta 1868, fue Dorronsoro diputado foral de Gipuzkoa. Estaba casado con Nicolasa de Zuazola, hermana de Rafael de Zuazola, uno de los más brillantes lugartenientes de Zumalacárregui. Su credo político no impidió que fuera fiel a Isabel II en el momento de su destronamiento, acompañando a la soberana hasta la frontera del exilio. Dorronsoro es elegido diputado general de la provincia el 2 de julio de 1868 por las Juntas Generales reunidas en Zumaia. Por primera vez en treinta años, según dirá el propio Dorronsoro, “los que por los ilustrados son llamados oscurantistas, léase carlistas, obtienen la Diputación”. En enero de 1869, al ser diputado general, no entró en la lista de candidatos carlistas a las Cortes constituyentes. Los carlistas obtienen entonces las cuatro actas correspondientes a la provincia de Gipuzkoa. En julio de ese año, en las Juntas de Fuenterrabía, será sustituido por el liberal Aguirre Miramón, elegido nuevo diputado general, en condiciones bastante discutibles, según Garmendia.

DOS FOLLETOS PREVIOS A LA ÚLTIMA GUERRA CARLISTA: El 12 de enero de 1870 sale el primer folleto, impreso por Pablo Martínez en Azpeitia, titulado Breves Palabras sobre dos afirmaciones que la Diputación foral ha estampado en el recurso elevado al Gobierno, solicitando la aprobación del acuerdo de las Juntas de Fuenterrabía y la de sus actos en el arreglo del Culto y Clero. Es patente aquí, según Garmendia, el desprecio que le inspira a Dorronsoro “el liberalismo de allende el Ebro” conculcador de los fueros y se lamenta amargamente de la pérdida del “espíritu de justicia y respeto que hacia nuestras instituciones, estipuladas en un convenio bilateral, animaron a los antiguos reyes de España”. Si bien la defensa de los fueros no era el tema central del folleto, nos dice Garmendia, ya estaba en germen lo que iba a ser la base de su obra más importante titulada Lo que fueron los reyes de España y lo que ha sido el liberalismo para con los fueros de Guipúzcoa, publicada pocos meses después, el 1 de julio de 1870. En este folleto empieza por darnos la definición de lo que son los fueros de Gipuzkoa. Después de recordar que Gipuzkoa “libre, independiente o autónoma, como ahora decimos, se incorporó voluntariamente a la Corona de Castilla en el año 1200”, Dorronsoro explica que los fueros, buenos usos y costumbres, constituyen la suma de libertad salvada por la provincia cuando se unió con la Corona. No son privilegios otorgados por la nación sino la condición sine qua non de la unión a la corona de Castilla. Eso significa que si Castilla no cumple su compromiso, Gipuzkoa tiene el derecho de declarar rota la unión y recuperar su independencia. Estas palabras de Garmendia, fiel trasunto de las del propio Dorronsoro, las utiliza también, dentro de esta interpretación prenatalista, Javier Corcuera en su libro fundamental sobre el origen del nacionalismo vasco (concretamente en las páginas 114 y 124 de La patria de los vascos, Taurus, Madrid, 2001). Pero si vamos al texto de este folleto, reproducido por Garmendia en la obra Jaungoicoa eta Foruac... (ver referencia completa en “Fuentes”) las conclusiones del mismo siempre se refieren a Don Carlos como representante de la monarquía tradicional, caracterizada de este modo por Dorronsoro: “con la cruz ganó un nuevo mundo para España”; “como católica cumplió sus deberes para con la Iglesia”; “gobernaba al pueblo con justicia y equidad, tratándole como a hijo”; “sabía cubrir las atenciones públicas con un presupuesto que hoy

no bastaría para pagar los intereses de la deuda contraída por los liberales”; “bajo cuya protección adquirieron por donación y otros títulos legítimos grandes riquezas la Iglesia y otros establecimientos piadosos, riquezas que en su mayor parte se empleaban en beneficio del pobre”; y, por último, alude a que “en quinientos años respetó los derechos de la débil Guipúzcoa”. En definitiva, Miguel Dorronsoro confía en que Don Carlos “restituirá a las Provincias Vascongadas y a Navarra los fueros de que el liberalismo las ha arbitrariamente despojado, sin perjuicio de que nosotros hagamos foralmente todas aquellas modificaciones que la experiencia aconseje y los intereses actuales, morales y materiales, demanden; y, después de todo, los Españoles pueden esperar de él un buen gobierno que no conocen desde que el liberalismo se impuso a la Nación”. La referencia, como vemos, siempre es a España en su conjunto, partiendo de Gipuzkoa, pero incluyendo a esta en el conjunto de la Monarquía tradicional, en la que se entienden las apelaciones a la “independencia” secular de la provincia respecto del reino de Castilla, puesto que en el tradicionalismo español los reinos históricos, y en ciertos casos, como en el vasco, las provincias, son independientes entre sí, con sus órganos peculiares de gobierno y con el vínculo externo común de la Corona y el vínculo interno de la religión católica. En todo caso, apurando la interpretación pre nacionalista de Garmendia, la apelación a la independencia que hace Dorronsoro se refiere única y exclusivamente a Gipuzkoa, nunca a una independencia unida de las Provincias vascas y Navarra y respecto del resto de España.

LA ÚLTIMA GUERRA CARLISTA: Tras la Revolución de 1868, los carlistas trataron de sublevarse en el verano de 1869. Después, en el verano de 1870 la agitación carlista fue evidente en Gipuzkoa. Al ser nombrado rey de España Amadeo de Saboya, el 16 de noviembre de 1870, los carlistas deciden acudir a las urnas. En las elecciones celebradas en febrero de 1871, en Gipuzkoa, de los cuatro elegidos posibles, tres son los carlistas Rezusta, Unceta y Alcibar, mientras que Dorronsoro es derrotado por el liberal Fermín Lasala Collado. El 21 de abril de 1872 se produce la sublevación carlista. Miguel Dorronsoro es uno de los miembros más activos de la Junta foral carlista vasco-navarra que se reúne en San Juan de Luz, ocupándose sobre todo de recabar armamento. Dorronsoro desconfía de los militares adictos al carlismo. Piensa que el ejército español siempre ha estado con el liberalismo durante todo el siglo XIX. Confía más en el pueblo. También hay una necesidad de recabar dinero y a ello nadie está muy dispuesto. Tras el desastre carlista de Oroquieta del 14 de mayo de 1872, comienzan las desavenencias en el bando carlista. Dorronsoro se enfrenta al jefe carlista Eustaquio Díaz de Rada. Para muchos la presencia de Dorronsoro al frente del movimiento carlista en Gipuzkoa es poco menos que imprescindible. A Dorronsoro, comparándole con Santa Cruz, se le reprochaba su mal estado físico para emprender las acciones militares. El 25 de febrero de 1873 Dorronsoro dirige una proclama a sus paisanos en Oiartzun, coincidiendo con la proclamación, un par de semanas antes, de la I República. Para él la preocupación fundamental era recabar dinero y armamento, sobre todo teniendo en cuenta que, a diferencia de lo ocurrido en la anterior guerra carlista, ahora las armas, más evolucionadas, necesitaban mayores cantidades de munición. Fue capaz de recaudar en marzo de 1874 unos cinco millones de reales entre los carlistas más acaudalados de la provincia. Dorronsoro dirige las actividades de la Diputación a guerra de Gipuzkoa desde principios de 1873. Dirige campañas contra los denominados en la primera guerra carlista “ojalateros”, que son los carlistas que intentan escaquearse de diversos modos para así no participar activamente en la guerra y que, además de dañar gravemente la moral de los demás, suponen una onerosa carga para las finanzas de la causa. Al respecto, el propio Don Carlos decía de Dorronsoro que, a pesar de tener la cara tonta de un hombre de campo, era muy listo y tenía mucha gramática parda. Al menos desde el 4 de diciembre

de 1873 Dorronsoro se aplica, como demuestra Garmendia en una de sus cartas, en reducir todo lo posible los gastos innecesarios, suntuosos y propios de quienes no querían ir al frente. Sus tesis restrictivas saldrán triunfantes, como se deduce de un informe elevado al pretendiente y firmado conjuntamente por todas las diputaciones vascongadas, algo que el propio Don Carlos no le perdonaría. El 13 de noviembre de 1873 Dorronsoro dirigía una soflama intimidatoria a los liberales y republicanos residentes en territorio carlista, a los que se presionaba de manera económica, sancionándoles en sus bienes y en sus haciendas, si no contribuían a la causa. Dorronsoro también trató de restituir en toda su plenitud el régimen foral, dirigiéndose a Don Carlos el 28 de septiembre de 1874 para pedirle la reimplantación del pase foral para Gipuzkoa, algo que no entusiasmaba precisamente al pretendiente, pero que finalmente se consiguió el 25 de agosto de 1875. El 2 de diciembre de 1874 Dorronsoro consiguió también que se constituyeran foralmente los ayuntamientos de Gipuzkoa. Y el 15 de julio de 1873 dirigió un escrito a los guipuzcoanos condenando los procedimientos del cura Santa Cruz, diciendo que era el peor enemigo de la causa católico monárquica y un miembro podrido de la misma. Esta oposición frontal a los métodos de Santa Cruz le granjearon la enemiga de los panegiristas de aquel, entre ellos Juan Olazabal y Ramery. Tras la derrota de Zumelzu, el ejército carlista presenta la capitulación el 14 de febrero de 1876.

ULTIMOS AÑOS DE EXILIO Y VUELTA A ATAUN: Cuando terminó la guerra, comió como otros muchos el pan amargo de la emigración. Vivió un tiempo en Dax, sintiendo haber dejado a su familia poco menos que en la miseria. A pesar de todo, años más tarde, Dorronsoro habría de pensar en un nuevo alzamiento con el fin de recuperar sus queridos fueros, abolidos en 1876. Aquel hombre que en sus años de juventud no había participado en la primera guerra carlista mostraba nuevos bríos en la vejez lanzándose a una empresa bastante descabellada. Parece ser que llegó a ser la cabeza civil de una sublevación fuerista, pero a última hora, por pura fatiga, renunció al empeño. El 16 de octubre de 1880, en su lecho de muerte, según se dijo, mandó llamar a sus hijos para hacerles gritar por tres veces “¡Viva el rey!” Vicente Garmendia, a quien seguimos al pie de la letra en este apartado dedicado a sus últimos años, sin duda refuerza el aspecto fuerista del carlismo en Dorronsoro, dentro de la fórmula prenacionalista que emplea el profesor de la Universidad de Burdeos III para tratar el carlismo, pero ese grito de Dorronsoro antes de morir lo dice todo en cuanto a la escala de las preferencias políticas de nuestro biografiado.

FUENTES: La mejor información disponible sobre este personaje la tenemos en el trabajo de Vicente Garmendia “Miguel Dorronsoro y Ceberio. Un estadista guipuzcoano hace un siglo”, publicado en la revista Sancho el Sabio (nº 4, 1994, pp. 51-104), y lo que ofrecemos aquí es un resumen crítico del mismo, teniendo en cuenta que estamos ante un autor que sostiene la tesis de que el carlismo es la antesala del nacionalismo vasco. También contamos del mismo Vicente Garmendia con el texto dedicado a Dorronsoro en su introducción a Jaungoicoa eta Foruac. El carlismo vasconavarro frente a la democracia española (1868-1872). Algunos folletos carlistas de la época (Bilbao, Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea, Servicio editorial-Argitalpen zerbitzua, 1999, p. 26-28), pero se trata de apenas tres páginas cuyo contenido queda subsumido en el texto principal ya referenciado. Así como, también de Garmendia, la entrada correspondiente a Miguel Dorronsoro en el DBE (vol. XVI, 2009, pp. 600-602). Otra fuente disponible, es la sucinta entrada de Auñamendi digital firmada por Ainhoa Arozamena Ayala (Idoia Estornés Zubizarreta).